Globethics Repository



Sindicalismo norteamericano [American unionism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Insulza, José Miguel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 17:30:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221662

Nueva Sociedad Nro. 69 Noviembre-Diciembre 1983, pp. 102-110

Sindicalismo norteamericano: garante del status

José Miguel Insulza Politólogo chileno. Investigador del Instituto de Estudios de Estados Unidos, CIDE. Autor de numerosos artículos y ensayos políticos.

Los estudios comparados acerca de los sistemas políticos de las democracias occidentales generalmente enfatizan el carácter excepcional de la experiencia norteamericana con respecto al resto de los países capitalistas, particularmente los europeos. Un rasgo comúnmente citado de este "excepcionalismo" dice relación con el papel que el movimiento obrero ha jugado en el desarrollo del sistema. En efecto, mientras en las demás democracias capitalistas el fortalecimiento del movimiento sindical dio normalmente origen a expresiones políticas autónomas - partidos laboristas, socialistas o socialdemócratas - que inicialmente cuestionaron el sistema en su conjunto y luego evolucionaron hacia una representación corporativa de los intereses de clase, **En Estados Unidos se da desde muy temprano una separación entre organización política y organización sindical, en que la última tiende a rechazar cualquier posibilidad de constituirse como fuerza política autónoma, y mucho menos a cuestionar los rasgos fundamentales de la organización económica del país.**

Así, las preguntas de por qué la clase obrera norteamericana no es revolucionaria o "anticapitalista", por qué no existen partidos socialistas o social-demócratas, o simplemente, por qué el movimiento obrero norteamericano aparece como una fuerza de preservación del sistema, ha sido formulada muchas veces. Las respuestas han tendido a simplificar a veces el problema, privilegiando una sola variable - la plusvalía generada por la expansión imperial -, aludiendo a factores superestructurales - la burocratización o la corrupción -, o, más comúnmente, afirmando que el carácter "consensual" del desarrollo norteamericano, posibilitado por la abundancia de recursos y posibilidades, por el establecimiento temprano del sistema democrático y por la "válvula de escape" de una frontera abierta, ha permitido reducir o incluso anular el conflicto de clase en la historia norteamericana.

Las explicaciones simples chocan sin embargo con una realidad que es algo más compleja: lo que hay que explicar en la historia de Estados Unidos no es la presencia de un movimiento obrero pacifista o conciliador, sino de uno que ha promovido grandes batallas y desarrollado sólidas organizaciones, pero del cual nunca ha surgido mayoritariamente un movimiento político de cuestionamiento del sistema o al menos de representación política de sus intereses de clase. La respuesta a este "dualismo", siempre presente en el movimiento sindical de Estados Unidos, supone considerar tanto las condiciones "excepcionales" del desarrollo político del país, como las distintas fases de lucha social que atraviesan su histo-

ria, como la forma en que unas y otras han influido en la organización de la producción y está en la formación de una determinada conciencia de clase. No pretendemos en este breve ensayo acometer una tarea tan compleja, sino sólo entregar algunos elementos generales de explicación[1].

Un Estado unificador

La revolución norteamericana es habitualmente identificada con los procesos conocidos con el nombre genérico de "revoluciones democrático-burguesas". En el sentido de que fue conducida hegemónicamente por una burguesía nacional y de que su consolidación se logró a través del establecimiento de un sistema democrático-representativo, la definición es valida. No obstante, existen rasgos que hacen de ella un proceso único. Las revoluciones europeas arrancan de un enfrentamiento entre una burguesía naciente, que ha llegado a controlar una masa importante de medios productivos y una aristocracia feudal moribunda, aferrada, sin embargo, al antiguo modo de producción y al poder político. En Estados Unidos esa aristocracia y ese feudalismo no existían, ni siquiera como residuo. La burguesía norteamericana desarrolló su proceso de "liberación nacional capitalista" en contra del capitalismo inglés hegemónico, que impedía su pleno desarrollo. Este interés, común a la burguesía comercial, financiera e incipientemente industrial del norte y a los propietarios agrícolas, permitió componer un núcleo dominante homogéneo, cuya ideología se identifica con la nueva nación independiente. Al mismo tiempo, el predominio numérico de los pequeños propietarios agrícolas, industriales y artesanales creó condiciones para extender la alianza dominante al plano político.

En este sentido, la revolución norteamericana es un tipo más "puro" de revolución democrático burguesa: en Europa la burguesía general mente se opuso a la extensión universal de las formas democráticas, que hubo de serle impuesta en largos procesos históricos. En Estados Unidos la extensión de esos derechos fue obra de la burguesía dominante; de ahí el nacimiento y consolidación rápida de un sistema a la vez democrático y conservador: por una parte, no hubo sino débiles manifestaciones en favor de un sistema autoritario o monárquico; por otra, **la ideología democrática iba de la mano con la protección del derecho de propiedad y la sacralización de la iniciativa privada como símbolos de libertad y motores del desarrollo social.**

Esta condición excepcional del Estado norteamericano produce dos efectos también particulares en el desarrollo de la conciencia de clase. En primer lugar, las divisiones que la evolución del proceso productivo va generando, fortalecerían en los períodos siguientes la imagen unificadora del "estado" y la "nación". El arribo de nuevos contingentes de inmigrantes, lejos de disminuir este rol unificador, lo

[1] Para un análisis más detallado del tema, véase J M. Insulza, "Notas sobre la Formación de la Clase Obrera y el Movimiento Sindical en Estados Unidos", en CIDE, Cuadernos Semestrales, N. 11, segundo Semestre 1982.

haría aún más crucial: en la medida en que las divisiones étnicas, culturales, sociales y religiosas constituyen factores de discriminación en el trabajo y la comunidad, los "nuevos norteamericanos" tenderán a ver en el sistema político su única garantía de igualdad. Las categorías de nativo e inmigrante, obrero calificado y no calificado, protestante y católico, anglosajón, eslavo y latino, blanco y negro, etc., que caracterizaron importantes divisiones al interior de la clase obrera durante su historia, quedan así incluidas ideológicamente dentro de un Estado al cual, todos sienten pertenecer.

El segundo efecto es la menor centralidad que el Estado asume como objeto de las luchas de clases: ellas tienen generalmente por objeto la obtención de reivindicaciones ante los empresarios y, por lo general, no persiguen sino hasta muy avanzado el siglo XX la intervención mediadora del Estado en los conflictos. **Que el Estado, o más bien su transformación nunca haya sido objeto de atención por parte del movimiento obrero, incluso el más radical, puede explicar en parte la debilidad de los intentos de formación de partidos de clase, que buscan precisamente esa transformación.**

Aún sin estas condiciones, sin embargo, sería difícil pensar en un rol diferente de los trabajadores artesanales o industriales, dadas las características de la producción en ese período. El predominio de la pequeña propiedad y de la industria de dimensiones reducidas tenia su correspondiente en un número mayoritario de artesanos independientes, organizados en comunidades ligadas por vínculos culturales, religiosos y étnicos. Esta estructura productiva permitía a los trabajadores propietarios de sus oficios un control estrecho sobre el proceso productivo y el acceso al mercado de trabajo.

Más que categorías antagónicas, trabajador independiente y pequeño industrial se presentaban así, en el nivel ideológico, como partes de la categoría social de "productor". Las diferencias económicas y sociales que existían, eran contrapesadas por "una ideología 'productorista' que trazaba las relaciones sociales a lo largo de un eje de 'productores' contra el 'poder parasitario del dinero' y reunía a todos los estratos de trabajadores y a la mayoría de los capitalistas en un bloque 'industrial' único"[2].

La evolución de esta forma ideológica, producto de la particular inserción de los trabajadores en el proceso productivo, fue favorecida por otros factores: extensión del derecho a sufragio, prácticamente ilimitada para los blancos a partir de los años de Jackson; ideología libertaria del nuevo Estado que armonizaba los ideales democráticos con la iniciativa individual; y existencia de una frontera abierta, que creaba la imagen de una posibilidad de expansión ilimitada, disponible para satisfacer las aspiraciones de movilidad social e independencia económica.

[2] Mike Davis, "Why the U.S. Working Class is Different". New Left Review N. 123, Sept-Oct. 1980 p. 13.

Una clase trabajadora fragmentada

El primer proletariado norteamericano, en sentido estricto, se forma a base de las inmigraciones masivas de las décadas iniciales del siglo, prolongadas después de la guerra. En esta ola se incluyen muchos inmigrantes de Europa Occidental que poseían oficios o un cierto capital y se incorporaron rápidamente con los productores nativos. Pero la gran masa de campesinos irlandeses que constituyó el grueso de la inmigración, formó, junto a sus iguales de Europa y Asia el ejército de trabajadores no calificados que inició las grandes construcciones de vías férreas y canales y ocupó los puestos de trabajo no especializado que la mecanización de la industria iba generando. A este proletariado naciente se agregarían marginalmente, con posterioridad a la guerra, los primeros migrantes internos negros liberados por el conflicto.

En un primer momento, las relaciones entre este proletariado y los obreros especializados o artesanos nativos no fue conflictiva. La sustitución paulatina de las formas de producción no creaba aún competencia entre trabajadores especializados y no especializados. Los nativos mantenían la exclusividad sobre los oficios especializados en. la industria, mientras los inmigrantes eran ocupados en trabajos menores y, sobre todo, en la construcción de vías de comunicación, desde donde muchos pasaban a instalarse en las zonas de frontera. Además en cada segmento había sectores raciales y religiosos que creaban diferencias internas. Poco después de su arribo, los irlandeses tenían, por ejemplo, la exclusividad de determinadas ocupaciones no calificadas, habiendo desplazado completamente a los asiáticos, verdaderos marginales dentro de la sociedad. En suma, **las diferencias de ubicación en el proceso productivo, reforzadas por factores de origen, nacionalidad, religión, raza, etc., creaban el cuadro de una clase trabajadora fragmentada, cuyos puntos de unión se encontraban más que en las nacientes organizaciones de clase, en las organizaciones comunales o locales de carácter étnico o religioso.** Esta división, se manifestaría en las distintas tendencias de organización del movimiento obrero, cuando el proceso de concentración industrial enfrentara, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, a los trabajadores especializados con el ejército de reserva.

La ideología productorista

Las primeras crisis del capitalismo no se presentaron en Estados Unidos como en otras potencias industriales. No obstante, hacia 1890 los factores que habían permitido esta excepción tendían a agotarse, especialmente el elemento de expansión que constituía la frontera económicamente abierta y las condiciones favorables del comercio internacional, ante la ola proteccionista que acompañaba la aventura imperialista de las potencias europeas. La crisis de mediados de los 90 afectó profundamente a Estados Unidos; pero vino en realidad a dinamizar aún más las tendencias ya en marcha en el desarrollo del capitalismo norteamericano. La concentración económica de fines de siglo tuvo su base en tres fenómenos ligados en-

tre sí: la necesidad de aprovechar las ventajas de la innovación tecnológica a través de la introducción de los nuevos procesos industriales en el acero, los textiles, la nueva industria química, la electricidad, etc.; la concentración de capital financiero interno producto del auge del período anterior; la disponibilidad de mano de obra abundante y barata, que creaba condiciones para que el gran capital entrara también a controlar completamente el mercado de trabajo.

El proceso de mecanización es común a todas las sociedades industrializadas y, por lo general, dio origen a fuertes resistencias por parte de los gremios, muchas veces dirigidos no sólo contra los capitalistas, sino también contra los proletarios. Es necesario, por lo tanto, explicar por qué en Estados Unidos tal enfrentamiento fue más definitivo hasta el punto de generar dentro de la clase factores de división permanentes. En este punto es, sin duda, necesario introducir los factores étnicos, culturales, ideológicos y raciales que habían estado en la base de la formación de la clase obrera desde los orígenes. En otras sociedades, a medida que el desenvolvimiento del proceso productivo iba igualando objetivamente a los trabajadores, las divisiones tendían a desaparecer. En Estados Unidos, en cambio, los factores señalados, que ya marcaban una división original, hicieron que ante la amenaza de "igualación" objetiva, la reacción fuera el fortalecimiento de la ideología productorista, mezclada ahora mucho más claramente con los factores nacionalistas y raciales. **La defensa del empleo y de las condiciones de vida de los obreros nativos especializados pasa así a ser una lucha en dos frentes: contra los trusts, la concentración y la mecanización y contra los inmigrantes no calificados, vistos como enemigos al servicio de los anteriores.** En 1906, Samuel Gompers, presidente de la AFL, declaraba ante una asamblea de trabajadores que "los caucásicos no dejarán que sus standards de vida sean destruidos por negros, chinos, japoneses u otros"[3]. Los "otros" incluían, por cierto, a los inmigrantes eslavos e italianos, que eran en ese momento la mayoría de la inmigración.

Las primeras organizaciones obreras de carácter nacional no eran excluyentes. El principal impulso del movimiento sindical en este período viene de la mayor agrupación de trabajadores en condiciones de desarrollar una actividad nacional: la clase obrera ferroviaria. El hecho de que en ella predominaran los trabajadores inmigrantes y no especializados, fortaleció la tendencia a construir organizaciones de base amplia. Tanto la American Railway Union como la primera organización nacional, los Knights of Labor, tuvieron este carácter. De hecho, aunque los Knighs existían con anterioridad, su transformación en una entidad nacional coincide con la "gran rebelión" de 1877 (iniciada en los ferrocarriles), que da inicio al primer gran periodo de enfrentamiento de clases en Estados Unidos.

La represión y la violencia con que los capitalistas y el Estado recibieron la acción de las primeras organizaciones sindicales se han usado para explicar las razones de su pronta declinación. La decadencia de los Knights es precisamente fechada a partir de la sangrienta derrota del movimiento de 1884-1886, iniciado en contra

[3] James R. Greene, "The World of the Worker", Hill and Wang, Nueva York, 1980, p. 46.

de las empresas del magnate ferroviario Jay Gould y extendida luego a todo el país. Sin embargo, la explicación es insuficiente si se basa en la pura represión, que igualmente debieron sufrir los trabajadores de otros países. El otro elemento que es preciso analizar son los cambios producidos en el seno del movimiento obrero. Desde mucho tiempo antes existían en distintos sectores de la producción organizaciones de obreros especializados, agrupadas por oficio, militantes en la defensa de sus prerrogativas, pero poco activas en el movimiento más general y, en la mayoría de los casos, no afiliadas a los Knights of Labor. En 1881, varias de estas "Internacionales" formaron una federación, bajo la dirección de Samuel Gompers, que en 1886 se transformó en la American Federation of Labor (AFL). La nueva organización tenía un carácter claramente defensivo, no sólo para enfrentar la ofensiva de los nuevos trusts, sino también para disputar el liderazgo de las organizaciones no excluyentes.

El punto central de ataque de la AFL fueron los nuevos inmigrantes. Ello permitía aprovechar las divisiones raciales, religiosas y culturales existentes. De este modo, mientras por una parte se llamaba a organizar a los trabajadores sin oficio más antiguos - en sindicatos separados -, el racismo como tema iba apareciendo de modo cada vez más recurrente.

Las tendencias excluyentes se harían cada vez más fuertes, a medida que la AFL crecía en número (en 1897 ya tenía 264.000 miembros, más del doble del comienzo, la mayoría de ellos obreros especializados agrupados por oficio), que, la lucha por el control se hacia más áspera y los grandes sindicatos sufrían nuevas derrotas. La opción era aceptar la proletarización (según el pronóstico de muchos teóricos de izquierda) o buscar acuerdos con las grandes empresas que permitieran, al menos, una medida de control sobre los empleos. En 1900 los trabajadores especializados eran menos de la sexta parte del total de la fuerza de trabajo, con ingresos superiores al resto. **Ante la perspectiva de empequeñecerse más y seguir enfrentando una tendencia a la igualación que veían como definitiva, los sindicatos optaron por una política de asociación a través de convenios con la parte patronal que excluían la huelga y fijaban las remuneraciones, a cambio de garantías en sus empleos, contra la mano de obra no calificada.** Dos factores incidían para que los empresarios aceptaran este tipo de acuerdos. En primer lugar, contra la creencia difundida por la AFL, los trabajadores no especializados e inmigrantes comenzaban a ganar conciencia y a buscar sus propias formas de organización. En segundo lugar, el proceso de concentración había llegado a un punto en que la jerarquización en el lugar de trabajo para alcanzar un control técnico de la producción se hacía cada vez más necesaria. Los acuerdos con las empresas permitían a los trabajadores del nivel más alto entrar a asumir tales funciones, como capataces, jefes de equipo o supervisores, o pasar a desempeñar tareas a las cuales se asignaba "especialidad", o gozar de mayores beneficios de salario y movilidad. De este modo, los empleadores pasaron a ver el tipo de sindicalismo por oficios propiciado por la AFL (el "gomperismo") como una salvaguardia contra los movimientos de base y como una forma de contar con un sector de la clase como asociado con la nueva organización de la producción.

El carácter no revolucionario de las luchas obreras

El período que va entre fines de siglo y la Primera Guerra Mundial y el que transcurre entre la Gran Depresión y la Segunda Guerra, son sin duda, los de mayor agitación en la historia de la clase obrera norteamericana. Un recuento de las huelgas, los enfrentamientos y la represión de esos períodos, bastaría para invalidar cualquier interpretación "consensualista". No obstante, también en estos períodos algunas de las características que hemos descrito para el movimiento obrero se presentan, limitando su capacidad de acción sindical y su expresión en el plano político.

En primer lugar, en ambos períodos la división del movimiento obrero tiende a agudizarse. Al fortalecimiento de la AFL a comienzos de siglo, se enfrentan organizaciones de clase; como los Industrial Workers of the World (IWW), que cuestionan radicalmente la colaboración con el sistema que la primera propone. Del mismo modo el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) nace, en el segundo período, para cuestionar la política tradicional de gremios de la AFL y construir sindicatos industriales más adaptados a la homogeneización de la clase y a su mayor combatividad.

En segundo lugar, sin embargo, el dualismo entre disposición de lucha y reivindicaciones vuelve a hacerse presente. Al igual que los Knights of Labor, los IWW llevaban su cuestionamiento del sistema hasta el límite de proponer formas alternativas de organización social corporativa, pero rechazaban mayoritariamente la posibilidad de constituirse en movimiento político. Como consecuencia, **los gérmenes de partidos de clase que surgieron abundantemente en la época - y que llegaron a alcanzar votaciones importantes en las elecciones de comienzo de siglo, fracasaron por falta de apoyo en el movimiento, obrero organizado, no sólo en su sector colaboracionista, sino incluso en aquel que mostraba combatividad y antagonismo con el sistema vigente.**

De mayor interés en este aspecto puede ser el segundo período, que se inicia con la Gran Depresión.

En efecto, el tamaño y fuerza de las organizaciones sindicales industriales, la combatividad desarrollada, las conquistas alcanzadas y el mayor reconocimiento que le otorgaba el conjunto de la sociedad hacen pensar que era posible, en esos años, constituir una fuerza obrera autónoma. Más aún cuando muchos de los factores de división, que, tanto a nivel del proceso productivo como de la sociedad en general, habían impedido su unidad en otras épocas, ahora se presentaban como favorables. La "proletarización" del trabajador norteamericano, dada por la nueva forma de control y división del trabajo, parecía una realidad, al margen del hecho de que sus niveles de vida siguieron siendo superiores. En la interpretación simplificada de muchos autores, la concentración y mecanización del trabajo, de-

bía agudizar el conflicto entre la clase obrera, unificada por la desaparición de trabajadores independientes y especializados, y la burguesía crecientemente monopólica. La explicación de que el proceso haya asumido precisamente la tendencia contraria y de que los partidos de clase no hayan surgido entonces ni antes, hay que buscarla también en el tipo y nivel de conciencia de clase que se da en ese momento en la base obrera, condicionado, por cierto, por la experiencia histórica anterior.

Una línea de respuesta está dada por las características del Estado y el sistema político norteamericano a las cuales nos hemos referido antes en este trabajo. Señalábamos que la integración ciudadana de los individuos es, a diferencia de otras sociedades capitalistas, anterior a su integración de clase, tanto en la formación de organizaciones sindicales como en la aceptación de estas por el sistema. Por otra parte, la diferenciación étnica, religiosa y cultural, fortalece el sentido de comunidad, y a su vez tiende a expresarse tempranamente en el sistema político.

La unificación de la clase en el proceso de concentración industrial no elimina necesariamente estas diferencias. Al contrario, las relaciones sociales complejas que surgen en las sociedades capitalistas avanzadas constituyen a la vez fuente de simplificación y diferenciación. De una parte, al nivel del proceso productivo generan esa simplificación a que hace referencia el concepto de "proletarización". De otra parte, al multiplicar las relaciones en el mercado y dividirlas artificialmente de ese proceso de producción, generan nuevos roles, que los individuos desempeñan en contextos diferentes. No entraremos aquí en la discusión reciente acerca de si estas relaciones, que son también determinadas por un modo de producción capitalista, constituyen o no relaciones de clase[4]. Lo importante es que en sociedades como la norteamericana, donde otras formas de asociación han precedido incluso a la determinada por la función productiva, esta diferenciación tiende a reforzar más que a subordinar esas relaciones.

Volviendo al período que nos ocupa, las propias características señaladas de la clase obrera industrial que tendían a darle mayor homogeneidad pueden ser vistas como factores que refuerzan o mantienen otras formas de asociación. En particular, a nivel de la relación con el Estado y el sistema político, esas formas de asociación daban ya lugar a mecanismos de expresión estables - partidos, comunidades, iglesias, etc., a las cuales los obreros pertenecían en cuanto miembros de determinadas comunidades étnicas, religiosas, culturales o simplemente territoriales. Las posibilidades de inserción en el sistema político de esas organizaciones comunitarias son amplias, tanto por la vía de los partidos como de la política y la administración local.

[4] Nos referimos a la discusión planteada por Erik Oiin Wright, "Class, Crisis and the State", New Left sookst Londres, 1978, esp. págs. 30-110. Para una discusión del tema relacionada con Estados Unidos, véase el capítulo conclusivo de Ira Katznelson, "City Trenchest", Pantheon Books, Nueva York, 1981.

En otras palabras, la intersección entre comunidad y ciudadanía, más fuerte que aquella entre ciudadanía y trabajo, a que hacíamos referencia en el primer capitulo, se mantiene vigente e incluso se refuerza en el período de desarrollo capitalista a que hacemos referencia. Para ponerlo en términos más simples, el obrero que desarrolla su lucha por el control en la década de los 30 es también sujeto de una serie de asociaciones colectivas que, lejos de antagonizarlo con el Estado, lo vinculan más estrechamente a él. La conclusión es que, dada la fuerza que estas formas de asociación y de incorporación al Estado tienen en Estados Unidos, ellas operan para diferenciar el rol de obrero de otras en la sociedad. Por ende, **la lucha en la fábrica por mejores condiciones de vida y, trabajo, dada con una decisión y violencia a veces desconocida en otras sociedades, se desvincula de la inserción en el sistema político, que se mantiene estable.** De allá tanto el carácter no revolucionario de las luchas como el carácter no central del voto obrero. A diferencia de Inglaterra, por ejemplo, en Estados Unidos la adhesión sindical puede tener importancia, pero en ningún caso es determinante. Los votos de la clase también pueden ser obtenidos por la vía de las comunidades étnicas, de las organizaciones locales, etc., asociadas por largo tiempo a los partidos políticos nacionales.

El carácter integrativo de las formas de organización alternativas es reforzado también por factores ideológicos de carácter nacional. **Si bien la idea de progreso basada en la iniciativa individual y su contrapartida, la noción de que la posibilidad de éxito económico está condicionada sólo por la capacidad de las personas, es más propia de los sectores medios y trabajadores calificados que del conjunto de la clase obrera, su carácter de ideología dominante no deja de tener peso en toda la formación social.** Por otra parte, ya hemos señalado como los elementos ideológicos de nacionalismo y racismo están presentes en sectores de clase obrera a lo largo de todos estos años, reforzándose particularmente en los años 20.

En resumen, existen una serie de factores que hacen que la diferenciación social, que también es producto de la sociedad capitalista moderna, opere con tanta o más fuerza que los factores de homogeneización al nivel de la producción ("proletarización") para limitar sus efectos. La ausencia del liderazgo autónomo y las tendencias de las organizaciones sindicales a plantear sus luchas dentro del sistema político vigente, no pueden ser entonces vistas como una actitud adoptada a espaldas de la base. Por cierto, las características burocráticas y centralizadas del sindicalismo, desarrolladas a partir de fines del siglo pasado, permitían al liderazgo controlar las tendencias autonomistas; pero su política reflejaba también en gran medida lo que eran actitudes mayoritarias en ésta.

Subordinación del sindicalismo al sistema

La intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, se produce en un momento en que los nuevos sindicatos industriales han alcanzado conquistas

importantes y mejorado, a pesar de sus divisiones internas, su posición negociadora: el auge de la industria bélica y de sectores industriales ligados al consumo esencial, exigía aumentar la productividad y garantizar continuidad en la producción. Gobierno y empresarios se hallaban, pues, dispuestos a otorgar concesiones a los sindicatos a cambio de su cooperación. Estos respondieron fortaleciendo su política colaboracionista, en la aparente creencia de que las formas de asociación con el Estado y el capital serían permanentes.

La desmovilización del período de guerra preparó adecuadamente la subordinación posterior. La ley Taft-Hartley sobre relaciones industriales, en 1948, eliminó las conquistas laborales en materia de control, garantizando sólo la negociación colectiva. El movimiento sindical reaccionó tardíamente y, cuando lo hizo, fue buscando nuevamente influir en el Partido Demócrata, que era la fuerza más comprometida con la nueva legislación. La posterior fusión de la AFL y el ClO tuvo en cuenta la posibilidad de mejorar la presión sindical sobre ese partido y en ningún caso la de constituirse como movimiento autónomo.

Nuevamente no podemos, sin embargo, atribuir la conducta de los sindicatos norteamericanos a factores superestructurales. La simple explicación de que el liderazgo sindical anuló las resistencias en la base, elude el examen del impacto que sobre esta última tuvieron los cambios globales producidos en la posición norteamericana en la posguerra. Las ventajas proporcionadas por la explotación de recursos de otros continentes, la expansión del mercado interno, el predominio sobre el mercado internacional redundaron en mejoramientos notables en las condiciones de vida de la clase obrera industrial. **Fue la garantía de un nivel de vía cada vez mayor y de seguridad en el empleo, que la organización sindical parecía en condiciones de ofrecer, lo que permitió la subordinación de los trabajadores al sistema político existente, reforzando, por lo demás, las tendencias históricas preexistentes.**

Mientras la situación económica pudo garantizar esas conquistas, las organizaciones nacionales sindicales gozaron de gran prestigio. En 1960, el 82% de los afiliados al sindicato estaban de acuerdo en que "las ganancias que los trabajadores han hecho en este país se deben principalmente a los sindicatos"[5]. Tal adhesión se mantuvo incluso en los primeros años de la crisis, cuando los mecanismos existentes operaron para evitar que las conquistas principales en materia de estabilidad y poder adquisitivo fueran afectadas.

La actual crisis de la economía y la política norteamericana pone al movimiento obrero en una nueva disyuntiva. Al afectar niveles de vida y estabilidad, ella rompe con uno de los factores que han servido para debilitar la unidad obrera y para conformarla a patrones de conducta conservadores. De allí que nuevamente surjan pronósticos en el sentido de que el próximo período verá un nuevo auge, más unitario y combativo, o al menos una alianza entre el proletariado organiza-

[5] J M. Insulza, op. cit., p. 57.

do y otros movimientos sociales de base. Todo ello puede ser cierto: lo que es indudable es que, fruto de su propia historia, la incidencia política del sindicalismo organizado es inferior al de la mayoría de las sociedades capitalistas. Igualmente nos parece razonable afirmar, que, cualquiera que sea el grado de radicalización que alcance la lucha por el empleo o el salario, ella no llegará a cambiar el tipo de vinculación del sindicalismo con el sistema político o a constituir un movimiento político autónomo que defienda corporativamente sus intereses.

Referencias

Davis, Mike, NEW LEFT REVIEW. 123. p13 - 1980 EXP:NSOC; Why the U.S. Working Class is Different.

Greene, James R., THE WORLD OF THE WORKER. p46 - New York, Hill and Wang. 1980;

Insulza, J. M., CIDE, CUADERNOS SEMESTRALES. 11. p57 - 1982; Notas sobre la formación de la clase obrera y el movimiento sindical en Estados Unidos.

Katznelson, Ira, CITY TRENCHES. - New York, Pantheon Books. 1981;

Olin-Wright, Erik, CLASS, CRISIS AND THE STATE. p30-110 - Londres, Inglaterra, New Left Books. 1978;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 68 Septiembre- Octubre 1983, ISSN: 0251-3552**, <www.nuso.org>.**